que se dice de haberse celebrado la primera misa en la cruz de Talabarteros, cuya ermita se fabricó muchos años después. Puede ser que antes se dijera misa para que la oyeran los españoles ; pero esta fué la que se celebró públicamente y con solemnidad."

Á lo anterior, hay que rectificar que esta misa fué la primera qué se dijo *en la ciudad de México en público*, pues en Tabasco ya se había celebrado, lo mismo que en otros lugares de Nueva España, y en una de las salas del cuartel de los españoles, como asegura Bernal Díaz del Castillo.

*
* *

Ahora no quedan ni rastros de la capilla, ni memoria de la Cofradía de los Talabarteros, que cesó antes de 1823.

Pero la fiesta popular del 3 de Mayo subsiste aún, y cada año se celebra, con músicas, cohetes y repetidas libaciones, por los albañiles que izan la Santa Cruz arriba de los andamios de las casas en construcción, y por los aguadores que adornan las fuentes de la ciudad.

CAPÍTULO XXIV

UN ARZOBISPO VIRREY

D. FRAY GARCÍA GUERRA.

CAPÍTULO XXIV

UN ARZOBISPO VIRREY

El sexto Arzobispo de México, D. Fr. García Guerra, distinguiose como orador sagrado, buen teólogo y hombre extremadamente caritativo.

Refiérese de él, que todos los sábados tenía la costumbre de dar dinero á los necesitados, y que algunas veces se olvidó de comer entretenido en la práctica de tan bendita y santa virtud.

Cierta ocasión en que su Ilustrísima no pudo personalmente socorrer á los pobres, encomendó tan grata tarea á su limosnero. "Aquel día diose la casualidad de que acudiese mucho mayor número de menesterosos que otras veces, y el limosnero se vió en el caso de despedir á una parte de ellos, sin haberlos socorrido, porque los fondos se habían agotado.

"Cuando el Arzobispo lo supo, dice el historiador de quien tomamos esta noticia, recibió notable pena y mandó expresamente que para lo de adelante se tuviese más cuidado en dar la limosna, y si faltase se vendiese la plata y alhajas de su casa, sin perdonar el báculo ni la mitra, porque la hacienda que tenía era de los pobres y no suya."[1]

El Sr. García Guerra hizo su entrada en México el 29 de Septiembre de 1608.

Solemne fué su recibimiento. Toda la ciudad se adornó con sus mejores galas, y fué tal la cantidad de gente, que el tablado que se construyó en la Plazuela de Santo Domingo, para dicha ceremonia, se hundió por completo, quedando lastimadas no pocas personas.

1. Francisco Sosa.—*Episcopado Mexicano*, pág. 49.

Los regidores, que habían salido de las casas consistoriales, montados en caballos ricamente enjaezados, obligaron á García Guerra á que entrase bajo palio—cuyas varas ellos portaban—pero no sin que él se opusiera antes, diciendo que debía entrar á pie y descalzo como convenía á un religioso de la Orden de Santo Domingo.

Tan relevantes virtudes, tan reconocidos méritos, contribuyeron como era natural, á que el Sr. García Guerra fuese querido, respetado y admirado de todos, ya por su talento, ya por su instrucción y ya por sus prácticas cristianas y ejemplares.

Empero, su Ilustrísima tuvo su lado flaco, su lado vulnerable, que contrastó no poco con la humildad con que se había conducido, y fué un vehemente deseo de gobernar la Nueva España, no sólo con el báculo arzobispal, sino también con el bastón de Virrey; deseo que llegó á realizar poco tiempo después de acariciado; pero que fué causa de su sensible cuanto llorada muerte.

La anécdota que vamos á referir, corroborará lo que decimos.

Por aquellos tiempos, vivían en el convento de Jesús María dos religiosas, llamadas Sor Inés de la Cruz y Sor Mariana de la Encarnación, las cuales, por la frecuente lectura de las obras de Santa Teresa, concibieron el proyecto de fundar un monasterio bajo esta advocación.

Á la sazón había en México un acaudalado caballero, D. Juan Luis de Rivera, quien poniéndose de acuerdo con las citadas monjas, quiso fundar el dicho convento; pero habiéndole sorprendido la muerte cuando daba los pasos necesarios, dejó para la obra de la iglesia 4,000 pesos y lo necesario para fincar un capital que produjese al año 1,000 pesos de rédito.

Nombró por su testamentario ó albacea, al Ilmo. Sr. Arzobispo de México, D. Fray García de Santa María Zúñiga y Mendoza "quien ocupado en los cuidados de su mitra, no dió paso alguno en esta fundación."

Sucediole en la silla arzobispal el Sr. García Guerra, de quien venimos ocupándonos, el cual acostumbraba visitar á las madres Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación, pues gustaba de que le

tocaran piezas de música, en lo que aquéllas eran muy hábiles.

Siempre que á visitarlas iba, las religiosas le instaban llevase á cabo lo prevenido en el testamento de Rivera, pero el buen Arzobispo, que ya entonces deseaba con ahinco empuñar el bastón de Virrey, se atrevió á decirles un día:

— Madrecitas, si Dios me hiciera Virrey, el convento se fundaría desde luego.

— ¿ De veras ?

— Lo he dicho y lo cumpliré.

— ¡ Cuidado con arrepentirse !

— ¡ Primero muerto !

Entonces, cuenta una crónica, la madre Inés de la Cruz, " que moría por verse Carmelita Descalza, le ofreció al Arzobispo en nombre de Dios, el Virreynato, si fundaba el convento, mas él, por indicios de algún amor propio, *quiso primero la prenda que dispensar la gracia.* "

Desde ese día, las monjas Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación, terminaban todas sus oraciones de este modo:

— ¡ Dios mío ! ¡ Que sea Virrey Su Ilustrísima !

Y sus ruegos no fueron infructuosos, pues un viernes del año 1611, Su Ilustrísima recibió una cédula, en la que Su Majestad le nombraba Virrey y Capitán General de Nueva España.

El agraciado no cabía en sí de gozo; mostrábase tan contento como un chiquillo que recibe codiciada golosina, ó como un arrancado de profesión á quien le cae el premio gordo de la lotería.

Y con el gusto de que se hallaba poseído, olvidó Su Ilustrísima dos cosas; fué la primera, su humildad; pues el 19 de Junio de 1611, en que se recibió del mando, ya no alegó entrar á la ciudad á pie y descalzo, como cuando empuñó el báculo arzobispal, sino que entró caballero " en un gallardo corcel; " y fué la segunda, que no fundó el convento de Carmelitas Descalzas, como lo había ofrecido, sino que en lugar de esto ordenó que, como en viernes había recibido el nombramiento de Virrey, todos los viernes de ese año, en conmemoración de tan fausto acontecimiento, " hubiese toros en la plaza de su Palacio.... "

Tan lamentable conducta causó no poco escándalo: muchos murmuraron de su Ilustrísima; pero ninguno de los que lo rodeaban se atrevió á censurarlo, y solamente tuvo el valor y la franqueza de hacerlo la monja engañada, la que sin más escudo que su inocencia, le escribió una carta que llevó el Vicario de Jesús María. Pero esto nos lo refiere el cronista de un modo enérgico é inimitable, y es preciso copiarlo aquí.

"La Madre Inés—dice— que vía, no sólo malogrado su empeño, sino es convertido en profano exercicio, sentía más esto que lo primero; por que el Viernes, en que se recuerda la Pasión de Christo, no debiera vn Príncipe Eclesiástico, cuyo estado es de perfectos, dedicarse á fomentar semejantes exercicios. Como vno y otro le comiesse el corazón, le escribió vn papel al Virrey Arçobispo, en que le pedía mudasse el decreto de los toros, y no olvidasse el prometido, en orden al nuevo Convento; pues estaba en su poder el testamento de Jvan Luis, y le estaba exemtado el beneficio que le había hecho Dios, compliéndole el deseo de entrar en el Virreynato. Nada apreció el Arçobispo; porque el humano embeleso le cerraba los sentidos, y anegado de la humana fortuna, no dava lvgar á la luz del desengaño. Dios, que estava á la vista de todo, y mirava por el crédito de su esposa, entró su pesada mano en esta forma. El Viernes siguiente al recibo del papel, estando ya para correrse los toros, huvo vn temblor de tierra, que atemorizó á la Ciudad, y se dexó el juego por aquella tarde. Como en Indias son más freqüentes estos vaybenes que en España, se atribuyó á casualidad, y se dispusieron toros para el Viernes siguiente. Quando ya estaban en los tablados, y el primer toro para salir, bolvió la tierra á temblar tan desusadamente, que derribó los tablados, muchas casas y azoteas y sobre el balcón del Virrey cayeron tantas piedras, que se tuvo á milagro no le quitaran la vida, aunque la perdieron muchos de los de la Plaza, ya oprimidos, ya ahogados. Todavía el Virrey no entendía el motivo de aquellas amenazas, y assí no revocava su decreto; con que prosiguió Dios el suyo, que se revocara, dize San Agustín, si enmendaran los hombres sus extravíos.

"La semana siguiente antes del Viernes salió el Virrey en su coche para ir á las Recoghidas, y donde no pudo imaginarse se bolcó el coche, y recibió el Virrey tanto riesgo de su salud, que lo desperanzaron los Médicos de vivir. Este golpe lo dispertó, no sé si tarde, y empezó á preguntar por la Monja que le escribió el papel. Dixéronle que era Santa, y le embió á pedir le alcanzasse de Dios vida para enmendar sus yerros, y labrar el Convento. A esto le respondió la Sierva de Dios, que se dispussiese para morir bien, y diesse gracias á su Magestad de la piedad, con que le avía castigado, pues se podía quedar toda su pena en el temporal fuero. A esta respuesta acompañaron contra el Arzobispo nuevos accidentes; con que trató de disponerse para la vltima hora, y con muchas señas de arrepentido, dexó con la vida la Mitra, y el Virreynato, *dexándonos este inmortal escarmiento*."[1]

El Ilustrísimo Sr. García Guerra, falleció el día 22 de Febrero del año 1612.

Los funerales y entierro fueron solemnísimos, y entonces las virtudes del Prelado se recordaron á propósito, para borrar como era justo, *el pecadillo de la ambición*, que su Ilustrísima pagara hasta con la vida.

En cuanto á la madre Inés de la Cruz —á quien no hay que confundir con la poetisa Sor Juana — le sobrevivió al Arzobispo más de veinte años; logró ver fundado el convento de Santa Teresa, á do entró el 1°. de Marzo de 1616, y después de vivir en él de un modo ejemplar, cerca de trece años, pasó á mejor vida el 5 de Septiembre de 1633.

Murió tan respetada y querida, que el entonces Virrey Marqués de Cerralvo y su esposa la asistieron en su enfermedad con cuidados muy solícitos, pues la misma Virreina le servía de rodillas como á una santa y le traía la comida guisada desde Palacio.

1. *Reformas de los descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia*, tomo VI, cap. XXV.—Copió esta parte el Sr. Sosa en el Apéndice E de su obra ya citada.

Inés de la Cruz, fué también escritora. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, en su *Paraíso Occidental*, publica de ella una carta autobiográfica, dirigida á su confesor, el Padre Gaspar de Figueroa, y fechada el 3 de Enero de 1629. Allí dice que nació en Toledo el 17 de Enero de 1570, y que fué hija de D. Francisco Castellet y de Doña Luisa de Ayala. Y Beristáin, en su *Biblioteca*, menciona dos manuscritos de nuestra monja, intitulados : " Relación original de la fundación del Convento de Teresas de San José de México," y "Noticia de la vida de la Ven. M. Marina de la Cruz;" manuscritos que se conservaban en el convento de Santa Teresa la antigua, y que según parece, como otros muchos, fueron vendidos hace años, y llevados al extranjero.

CAPÍTULO XXV

LA CALLE DE DON JUAN MANUEL